

Viento

Autora: Miriam M. González-Hernández

Del Libro: Miradas

Se paseaba arrogante y soberbio por los siete mares rompiendo mástiles, virando embarcaciones y provocando las olas hasta llevarlas a la locura. Destruía a su paso lo que se le antojaba y en ciertos meses creaba tormentas altaneras, huracanes fatuos y trombas endiosadas como él mismo. Tenía control de todo lo que se movía en la tierra. Solo le faltaba una cosa, ser humano.

Esa mañana de agosto decidió visitar las islas del Caribe para burlarse de éstas, como era su costumbre, mas no se imaginaba lo que el destino le depararía. Entró salvaje, malvado, azotó las costas creando marejadas gigantescas, rompió paseos tablados y arrancó y espeluzó las palmeras recién peinadas. Cuando se adentró al interior de la ínsula con ruidos innecesarios y mofas sardónicas vio a la mujer por primera vez. Parecía no importarle los estragos que él hacía. Se mantenía desnuda en la ribera de las frías aguas del río. — ¿Acaso era de fuego aquella mujer inmutable? — se preguntó mientras recorría con suaves ráfagas su cuerpo y le movía sus cabellos negros, como la noche en que él fue creado. Exteriorizaba, reiteradamente, que los humanos le provocaban asco, náuseas, pero en lo más íntimo deseaba exasperadamente ser como ellos. Ahora más que nunca tenía que transformarse, pues aquella mujer tenía algo especial que lo hurgaba.

Mientras cavilaba en sus deseos, ella salió del río mostrando sus palpitantes carnes lo que despertó su apetencia. Acto seguido, se alargó hasta crear dos fuertes brazos que comenzaron a acariciar el torso de la hermosa mujer. Pese a la resistencia ofrecida por ésta, acarició su melena esponjada y olorosa a piedras del río, recorrió sus jugosos muslos hasta llegar a la entrepierna. La mujer, entonces, no ofreció resistencia, se dejó caer en la hierba fresca y húmeda como su cuerpo, realizando un baile no conocido por él. Por primera vez en su larga vida no supo qué hacer. Se sintió como la nada.

Enfurecido la levantó con rabia y la tiró contra las frías aguas. No conforme con sus acciones arrancó cuanto se cruzó a su paso y se marchó al oriente demoliendo todo lo que tocaba. El mundo entero sufrió los estragos de su cólera.

Pasados varios meses, solo pensaba en aquella criatura jugosa y mullida que no pudo amar y retando las sabias admoniciones de sus padres, Urano y Gea, y la potestad de Eolo, regresó por ella. Tenía que encontrarla, se decía mientras planeaba la consumación del acto amoroso. Sólo ella podía ayudarlo a ser humano; sólo aquella mujer le enseñaría el arte de amar.

Cuando la tuvo de frente susurró a sus oídos, lamió y entrelazó sus cabellos, hasta que lentamente comenzó el momento anhelado y, también, su transfiguración. Pero no era lo que él esperaba. Su figura se convirtió en una repugnante y asquerosa. Su cuerpo era deforme y andrógino, su boca llena de placer estaba torcida, sus manos encorvadas, como sus pensamientos, sus piernas desproporcionadas y sus ojos vacíos. Entonces se observó por un instante y sintió una mezcla de asco y pena que lo llevó a ser más irascible e inhumano que nunca.